



TRABAJO INESPERADO

Una estudiante joven de las Filipinas lucha por decidir qué carrera seguir después de graduarse.

Febrero, 14 Roen Mari Enquilino

[Pida a una joven que presente este relato en primera persona.]

El día que me gradué de la universidad en ingeniería computacional, me sentía en la cima del mundo. Inmediatamente me dispuse a buscar empleo, en varias empresas. Pero lejos estaba de imaginar cuán difícil sería encontrar trabajo. Amplié mi búsqueda y llené solicitudes para cualquier posición que hubiera. Finalmente me ofrecieron trabajo como agente en un centro de llamadas [atención a clientes]. No era lo que deseaba precisamente, pero después de orar sobre ello, decidí aceptar el empleo. ¡Era ya un buen comienzo!

Otra opción

El siguiente sábado el pastor de la iglesia me detuvo para conversar. Sabía que buscaba trabajo y me hizo una pregunta que me sorprendió: «¿Has considerado la posibilidad de ser misionera?»

«No», le contesté, reconociendo que ni siquiera había cruzado por mi mente esa posibilidad. «¿Es posible?», le pregunté.

«Sí», contestó. «¿Has oído hablar del Movimiento “Mil Misioneros”? Es una organización patrocinada por la organización en la que se entrenan a jóvenes y se los envía a trabajar como misioneros

durante un año. Los entrenan por tres meses y luego los ubican en una posición en alguna parte de Asia. Uno puede obtener buena experiencia trabajando como misionero».

Me pareció una buena opción y le prometí que lo pensaría.

En busca de la dirección divina

Y así fue. Para entonces ya había aceptado el trabajo en el centro de llamadas. Y no estaba segura de que realmente deseaba ser misionera. La idea era demasiado nueva para mí. ¿Será que servir a Dios de esta manera me ayudaría en mi carrera? Estaba confundida y no sabía qué hacer.

En eso sonó el teléfono. Era alguien del centro de llamadas donde me habían contratado. Me dijo que fuera al centro el sábado para firmar el contrato de empleo. El corazón me palpitaba fuertemente mientras le decía que no trabajaría los sábados porque era mi día de reposo. «Esto no es trabajo», me contestó. «Sólo vienes y firmas tu contrato. Ni siquiera tienes que quedarte para la inducción».

«Lo siento, no puedo hacer eso», le contesté. Mientras que la persona que llamó pensaba en qué decir, me di cuenta que sin duda ésta sería la señal que le

había pedido a Dios, que me decía que no debía aceptar este trabajo. En el acto le informé a la persona que llamó que no trabajaría en el centro.

Sentí como si se me quitaba un peso de la mente y de pronto vi un camino claro. Llegaría a ser misionera.

Llené una solicitud y la envié al Movimiento “Mil Misioneros”. Pronto me informaron que había sido aceptada.

En pos del llamado

Viajé hacia el centro de entrenamiento en las afueras de Manila y me sometí a tres meses de entrenamiento. Viví con personas de diferentes países y culturas. Fue una experiencia inolvidable en la que aprendí a confiar solamente en Dios. Aprendí a escuchar su voz y a ser humilde y paciente.

Cuando concluyó nuestra capacitación, fuimos asignados a diferentes puestos. Los 137 graduados de mi grupo fuimos enviados a China, Japón, Indonesia, Corea y algunos lugares de las Filipinas. A mí me tocó Corea, lo cual me sorprendió mucho. Pensé que me tocaría en el norte de las Filipinas. Pero confié en que éste era el lugar a donde Dios quería que fuera. Me enviaron a una ciudad donde nunca antes había ido un misionero del Movimiento.

Mi trabajo consistía en enseñar inglés y Biblia a niños de una comunidad cercana a una iglesia adventista pequeña. Enseñaba a niños durante el día, a adultos durante la tarde y a estudiantes de nivel secundario durante los fines de semana. Quería mostrar a toda persona posible que Dios es amor, así que me dispuse a aprender el idioma coreano

para poder comunicarme con ellas.

Me encantaba mi trabajo en la escuela y decidí quedarme más de un año. Pero luego me enfermé y tuve que regresar a casa. Detestaba la idea de tener que dejar a mis nuevas amistades, a quienes había aprendido a querer y estaba ministrando.

Ahora comprendí el lema del Movimiento “Mil Misioneros”: «Una vez misionero, siempre misionero». Si tengo la oportunidad de regresar, lo haré, aunque no estoy segura de lo que Dios tiene en mente para mi futuro. Sé que lo que tenga para mí, puedo confiar en que conducirá mi vida hacia esa tarea.

Las ofrendas del decimotercer sábado de hace algunos años ayudaron a iniciar el Movimiento “Mil Misioneros”. Qué bendición ha sido para los misioneros y para aquellos que fueron conducidos al Señor. ¡Definidamente ha sido una bendición para mí! ¡Gracias, Señor!

DATOS DE INTERÉS

Desde el inicio del Movimiento “Mil Misioneros” en Asia en 1992, centenares de jóvenes han recibido entrenamiento y fueron enviados a servir en más de 40 países de Asia, África, Europa, Norte y Sudamérica, y las islas del Pacífico. Estos misioneros voluntarios han conducido a miles de personas a los pies de Jesús. Regresan a su tierra natal (la mayoría son de las Filipinas y Corea) transformados, jóvenes con una visión clara de la comisión divina. Oremos por el personal, los misioneros y patrocinadores que trabajan en éste programa misionero.